

Cuenta hasta cien

Mamá dice que los monstruos no existen.

Pero yo la he visto esconderse de uno.

Siempre aparece por las noches. Primero se oye la puerta, luego las voces. Mamá habla bajito, como si tuviera miedo de despertar al monstruo. Pero da igual: él siempre se despierta.

Yo lo escucho desde mi habitación. A veces se enfada porque la cena está fría, otras porque mamá ha tardado mucho en llegar. No entiendo por qué grita si dice que la quiere tanto.

Una vez le pregunté a mamá si los monstruos también dicen “te quiero”. No me contestó. Solo me abrazó muy fuerte.

Cuando el monstruo grita, yo cuento hasta cien. Mamá me enseñó que contar sirve para calmarse. Pero a veces no llego. A veces hay un ruido fuerte y ella llora, y entonces pierdo la cuenta.

El otro día dibujé a mamá con una capa azul. Le dije que así podía volar lejos cuando quisiera. Ella sonrió, pero no dijo nada. Guardó el dibujo en un cajón, como si le doliera mirarlo.

El monstruo no tiene cuernos ni colmillos. Tiene un reloj caro, un coche grande y una sonrisa que usa cuando vienen los vecinos. Entonces mamá finge que está bien. Yo también.

A veces me dice que pronto todo cambiará, que los monstruos también se cansan. Pero yo no quiero esperar.

Una tarde vino una mujer al cole a hablar de cosas muy raras: respeto, igualdad, violencia. Dijo que si veíamos algo malo, no debíamos callarnos. Yo levanté la mano, pero no supe qué preguntar.

Esa noche, el monstruo volvió a gritar. Mamá se cayó. Y yo corrí al teléfono y marqué el número que aprendí en clase. Me temblaban los dedos, pero una voz tranquila me dijo que ya iban.

Desde entonces, la casa está en silencio. Mamá duerme más. A veces aún llora, pero ya no hay gritos.

El pasillo sigue oscuro, pero ya no hay monstruos.

Y cuando le pregunto si puedo volver a dibujarle la capa azul, me dice que no hace falta.

Que ahora ya puede volar sola.